

El adverbio «mañana» en los escritos ascéticos del Beato Escrivá de Balaguer: teología y literatura

Albert VICIANO

I. CONTEXTO Y SIGNIFICADO TEOLÓGICO DEL ADVERBIO «MAÑANA»

1. «Mañana» como dilación

Los puntos 15 y 251 de *Camino* están dedicados al adverbio «mañana»: «No dejes tu trabajo para mañana» (*Camino* 15); «¡Mañana!: alguna vez es prudencia; muchas veces es el adverbio de los vencidos» (*Camino* 251)¹. Se trata de una recomendación ascética para combatir la pereza consistente en retrasar con excusas el pronto acometimiento de una tarea.

El propio Beato Escrivá desarrolla más ampliamente esta consideración en una de sus homilías:

«Hay dos virtudes humanas —la laboriosidad y la diligencia—, que se confunden en una sola: en el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido de Dios. Son virtudes porque inducen a acabar las

1. En el presente artículo citamos los puntos de *Camino*, *Surco* y *Forja* a partir de la reciente edición que recopila en un solo volumen estas tres obras: J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino, Surco, Forja*, Rialp, Madrid 1991. *Camino* se publicó por primera vez en Valencia en 1939. *Surco* y *Forja* aparecieron como obras póstumas en Madrid en 1986 y en 1988 respectivamente.

cosas bien. Porque el trabajo —lo vengo predicando desde 1928— no es una maldición, ni un castigo del pecado. El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios (*Gen.* 2, 15). En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación. El que es laborioso aprovecha el tiempo, que no es sólo oro, ¡es gloria de Dios! Hace lo que debe y está en lo que hace, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada. Por eso es diligente. El uso normal de esta palabra —diligente— nos evoca ya su origen latino. Diligente viene del verbo *diligo*, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el que trabaja con amor, primorosamente» (*Amigos de Dios* 81).²

La diligencia por cumplir pronto el deber no se circunscribe únicamente al trabajo profesional. También la vida espiritual del cristiano debe estar alentada con cierto sentido de urgencia: «Siempre he pensado que muchos llaman «mañana», «después», a la resistencia a la gracia» (*Surco* 155). Así pues, la misma excusa que se emplea para incumplir perezosamente las obligaciones profesionales puede aducirse al omitir la lucha ascética por la que se recibe y acrecienta la gracia³. El Beato Escrivá exhorta a avivar

2. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1977. En esta obra se contienen varias homilías pronunciadas y revisadas por el autor y agrupadas póstumamente en este volumen.

3. San Agustín mismo reconoce que, poco antes de convertirse al cristianismo, aún le refrenaba la excusa de retrasar a «mañana» su decisión de entregarse plenamente a Dios. Reproducimos a continuación el emocionante pasaje autobiográfico en que se relatan los instantes previos a su conversión, en agosto del 386 en Milán: «Daba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no es esta misma hora el fin de mis torpezas?». Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «¡Toma y lee; toma y lee!». Y al punto, cambiado el semblante, me puse con toda atención a pensar si tal vez había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el código y leyese el primer capítulo que encontrase ... Así que volví a toda prisa al lugar donde ... había dejado el código al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que me vino a los ojos: «No en comilonas ni embriagueces; no en fornicaciones y deshonestidades; no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne para satisfacer sus deseos» (*Rom.* 13, 13-14). No quise leer más ni fue menester; pues apenas leída esta frase, como si una luz de seguridad se hubiera difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda se desvanecieron» (*Confesiones* VIII 12, 29-30). Cfr. *Augustinus, Sermo* 82, 13-14.

la piedad personal de un modo semejante a como impulsa a trabajar con seriedad:

«Venced, si acaso la advertís, la poltronería, el falso criterio de que la oración puede esperar. No retrasemos jamás esta fuente de gracias para mañana. Ahora es el tiempo oportuno. Dios, que es amoroso espectador de nuestro día entero, preside nuestra íntima plegaria: y tú y yo —vuelvo a asegurar— hemos de confiarnos con El como se confía en un hermano, en un amigo, en un padre» (*Amigos de Dios* 246).

2. «Mañana» como preocupación

El punto 253 de *Camino* está dedicado al mañana en cuanto causante de preocupaciones: «Pórtate bien «ahora», sin acordarte de «ayer», que ya pasó, y sin preocuparte de «mañana», que no sabes si llegará para ti».

El cristiano ha de concentrarse en el momento presente, sin escudarse en un futuro que aún está por venir. Esta excusa no sólo se relaciona con la pereza de dejar algo para mañana porque hoy se está más o menos cansado, y el trabajo cuesta esfuerzo, sino también con la enajenación derivada de soñar en un posible futuro mejor o con la preocupación causada por temer un posible futuro peor. Es decir, alguien puede excusarse argumentando, por ejemplo: «incorporaré la oración en el futuro de mi vida, cuando ya se hayan solucionado mis actuales dificultades profesionales»; o bien alguien puede autoengañarse diciendo: «si ahora me afano en cuestiones relativas a la vida espiritual, puedo no sentar las debidas bases para un futuro profesional estable y brillante». Son dos excusas que ya el mismo Jesús rebatió: «No andéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. En efecto, la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: no siembran ni siegan; no tienen despensa ni granero, pero Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! ... Contemplad los lirios, cómo crecen; no se fatigan ni hilan, pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, ¡cuánto más vosotros, hombres de poca fe!» (Lc. 12, 22-24 y 27-28)⁴. Así, con estas enseñanzas Je-

4. La traducción de este pasaje evangélico ha sido tomada de la *Sagrada Biblia. Santos Evangelios*, Profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 3ª ed., EUNSA, Pamplona 1990, 911-913.

sucristo manifiesta que él vive al día sin preocuparse por el mañana, cara a la misión recibida de Dios Padre, en quien plenamente confía.

El Beato Escrivá profundiza teológicamente en el contenido de estas palabras de Jesús, relacionando la doctrina de la santificación del trabajo ordinario con el espíritu de filiación divina que debe impregnar todos los aspectos de la vida cristiana:

«Si viviéramos más confiados en la Providencia divina, seguros —¡con fe recia!— de esta protección diaria que nunca nos falta, cuántas preocupaciones o inquietudes nos ahorraríamos. Desaparecerían tantos desasosiegos que, con frase de Jesús, son propios de los paganos, «*de los hombres mundanos*» (Lc. 12, 30), de las personas que carecen de sentido sobrenatural. Querría, en confianza de amigo, de sacerdote, de padre, traeros a la memoria en cada circunstancia que nosotros, por la misericordia de Dios, somos hijos de ese Padre nuestro, todopoderoso, que está en los cielos y a la vez en la intimidad del corazón; querría grabar a fuego en vuestras mentes que tenemos todos los motivos para caminar con optimismo por esta tierra, con el alma bien desasida de esas cosas que parecen imprescindibles, ya que «*¡bien sabe ese Padre vuestro qué necesitáis!*» (Lc. 12, 30), y El proveerá. Creedme que sólo así nos conduciremos como señores de la Creación, y evitaremos la triste esclavitud en la que caen tantos, porque olvidan su condición de hijos de Dios, afanados por un mañana o por un después que quizá ni siquiera verán» (*Amigos de Dios* 116).

Según Escrivá, el trabajo es santificable, entre otras razones, porque compete a los hombres en cuanto van a ser señores de la Creación; ahora bien, ese dominio sobre el mundo, derivado del trabajo, se da con tal que se compatibilice con la condición de hijos de Dios.

3. «Mañana» como una parte del «tesoro del tiempo»

«Los que andan en negocios humanos dicen que el tiempo es oro. —Me parece poco: para los que andamos en negocios de almas el tiempo es ¡gloria!» (*Camino* 355). Quien se sabe llamado por Dios para santificar el trabajo se siente impulsado a aprovechar el tiempo. Josemaría Escrivá dedicó a esta cuestión una homilía titulada «El tesoro del tiempo», pronunciada el 9 de enero de 1956, aniversario de su nacimiento. En esa homilía, tomando como punto de partida la frase paulina «*el tiempo es breve*» (1 Cor. 7, 29), afirma:

«No existen fechas malas o inoportunas: todos los días son buenos, para servir a Dios. Sólo surgen las malas jornadas cuando el hombre las malogra con su ausencia de fe, con su pereza, con su desidia que le inclina a no trabajar con Dios, por Dios. «¡Alabaré al Señor, en cualquier ocasión!» (Sal. 33, 2). El tiempo es un tesoro que se va, que se escapa, que discurre por nuestras manos como el agua por las peñas altas. Ayer pasó, y el hoy está pasando. Mañana será pronto otro ayer. La duración de una vida es muy corta. Pero, ¡cuánto puede realizarse en este pequeño espacio, por amor de Dios!» (*Amigos de Dios* 52).

4. «Mañana» como sinónimo de eternidad

Por último, debe aquí mencionarse un uso poco frecuente del adverbio «mañana» en las obras ascéticas de Escrivá. En efecto, en la mayoría de los casos «mañana» alude al futuro terreno, pero en *Forja* 1032 significa la bienaventuranza eterna: «Jesús, no quiero pensar lo que será el «mañana», porque no quiero poner límites a tu generosidad». La esperanza en los bienes celestiales tampoco distrae al hombre de su estar al día aquí en la tierra, plenamente confiado en el premio que recibirá generosamente de Dios en el más allá.

Por consiguiente, el único «mañana» que realmente vale es el de la eternidad. El futuro terreno es sólo incierto y, en cualquier caso, contingente. Si el cristiano ha de trabajar con el mejor rigor profesional posible, es debido a su condición de hijo que da gloria a su Padre Dios y a su condición de criatura que, a diferencia de las restantes realidades creadas, participa del poder creador. Ese dar gloria a Dios y esa participación en el poder creacional divino se concretan en el ejercicio del trabajo. Este ya no se realiza, pues, bajo la angustia o el temor de evitar un mal futuro ni bajo el activismo egoísta o autocomplaciente, sino con el sentido de eternidad de quien se sabe amado paternalmente por Dios, confiando en su protección y esperando en su generosidad.

5. Síntesis final

Los cuatro sentidos con que el Beato Escrivá utiliza el adverbio «mañana» se pueden sistematizar del modo siguiente:

— Al sentido negativo de «dilación» a causa de la pereza se contrapone el positivo de «tesoro del tiempo» que se ha de aprovechar para rendir gloria a Dios con motivo del quehacer cotidiano.

— Al sentido negativo de «preocupación» por un futuro terreno incierto se contrapone el positivo de «eternidad» como regalo de Dios a sus hijos.

La doctrina teológica que fundamenta esta serie de distinciones en el empleo de una misma palabra es la de la santificación del trabajo profesional, íntimamente unida a la doctrina de la creación y a la de la filiación divina.

II. CONSIDERACIONES LITERARIAS ACERCA DEL ADVERBIO «MAÑANA»

El punto 251 de *Camino* —«¡Mañana!: alguna vez es prudencia; muchas veces es el adverbio de los vencidos»— ha llamado la atención a uno de los mejores conocedores de la Historia de la Literatura en lengua castellana, el Profesor Hans Flasche, de la Universidad de Bonn, a quien Manuel Alvar, el entonces Director de la Real Academia de la Lengua Española, dedicó en 1991 un elogioso artículo en el diario ABC con motivo de sus ochenta años. Alvar describió la personalidad del estudioso alemán destacando sus maduras reflexiones en torno a las letras hispanas, así como sus profundos conocimientos teológicos y su amor a España⁵.

5. «...un día un ángel silencioso hizo que nos encontráramos en Albany. Era el mes de marzo de 1980 ... Flasche tenía una de las plenarias en esa reunión que nadie sabe qué significaba: "Hispanismo como humanismo". Se oyó de todo, cantigas de escarnio y el marxismo de Juan Ramón, si Machado era o no burgués y cosas así de oportunas. Oír hablar de Alvar Gómez de Castro sonaba a herejía. Flasche dio una lección magistral. Lo digo sin el menor tono de énfasis, yo que he tenido que escuchar muchas lecciones sin maestro; su doctrina era implacable, sus conocimientos teológicos abrumaban, su amor a España, infinito ... De pronto aquella reunión de la que nadie sabía su sentido, de la que nadie podía esperar muchos frutos, había logrado sobrecogernos. Todo resultó fácil. Era la voz de un universitario, la capacidad combinatoria de un universitario. Dicho en un tono preciso, con el dominio que da el poseer la verdad, con la seguridad que sólo amando se logra ... Flasche tenía setenta años y la madurez, la plenitud, el rigor de los setenta años. Y el peso de una ciencia gloriosa por mil motivos. Y la identificación ontológica con las verdades que exponía. Nos dejó en un hondísimo silencio». M. ALVAR, *En los ochenta años de Hans Flasche*, en: ABC, martes 5 de noviembre de 1991, pág. 62.

Flasche ha publicado recientemente una vasta y actualizada Historia de la Literatura Española en tres volúmenes⁶. El tercero⁷, de 1011 páginas, abarca los siglos decimoctavo, decimonoveno y vigésimo hasta el año 1950. Dentro de los capítulos referentes a la prosa en el siglo XX, Flasche comenta algunos aspectos del estilo literario del autor de *Camino*. Este no es el único estudio hasta ahora existente acerca de la lengua literaria de Mons. Escrivá. Andrés Vázquez de Prada realizó anteriormente un bello análisis en un capítulo de su biografía del Beato⁸. Si bien aún faltan por realizar estudios monográficos sobre el cultivo literario de la lengua castellana en las obras ascéticas de Mons. Escrivá, sin embargo las aproximaciones de Vázquez de Prada y de Flasche contienen ya importantes aportaciones: los dos coinciden en resaltar que el estilo literario de Escrivá se inspira en buena medida en la mística castellana del Siglo de Oro.

Sin remontarse a los modelos clásicos seguidos por Escrivá, el Profesor Ibáñez Langlois también describe importantes rasgos de las cualidades literarias de *Camino*, *Surco* y *Forja* y destaca características propias de un estilo lapidario. Esas obras ascéticas contienen aforismos de viejo cuño que se hacen a menudo expresivos de un mensaje novísimo y revolucionario: la santificación en medio del mundo, la radical secularidad del Opus Dei, la unión con Dios en el corazón del mundanal ruido⁹.

Es claro que Flasche no desea ser exhaustivo en su breve —pero denso— análisis, ya que todo manual ha de ser por naturaleza más general que detallista. Sin embargo, acierta de lleno en sus consideraciones, pues aprecia lo bien que Mons. Escrivá asimiló a clásicos castellanos como Jerónimo Javier Ezpeleta, San Ignacio de Loyola, García Jiménez de Cisneros y, sobre todo, Santa Teresa de Jesús. El investigador alemán puntualiza que en *Camino* 182 y 752 se repiten las palabras de Santa Teresa (*Libro de su vida*) «para siempre», conocidas por todo estudioso de la mística. Pero no

6. Los datos referentes a los dos primeros volúmenes son los siguientes: H. FLASCHE, *Geschichte der Spanischen Literatur, I: von den Anfängen bis zum Ausgang des fünfzehnten Jahrhunderts*, Francke Verlag, Bern/München 1977; IDEM, *Geschichte der Spanischen Literatur, II: Das Goldene Zeitalter: sechzehntes und siebzehntes Jahrhundert*, Francke Verlag, Bern/München 1982.

7. H. FLASCHE, *Geschichte der spanischen Literatur. Dritter Band: Das achtzehnte Jahrhundert. Das neunzehnte Jahrhundert. Das zwanzigste Jahrhundert (bis 1950)*, Francke Verlag, Bern/Stuttgart 1989.

8. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983, 405-437.

9. J. M. IBÁÑEZ LANGLOIS, *Mons. Escrivá como escritor*, en: «Palabra», 326 (1992) 72-75.

sólo los místicos dejaron huella en la expresión literaria del fundador del Opus Dei, sino también Cervantes, Lope de Vega y Quevedo, de quienes fue, según Flasche, perfecto conocedor. Así, cuando en *Forja* 380 y 381 se habla del «borrico» que se debe dejar llevar, Flasche se pregunta: «¿quién no recuerda en este punto a Cervantes?»¹⁰. Atisbos de los clásicos en Mons. Escrivá se encuentran también en las «coplas de amor a lo divino» (*Forja* 435), en el «juglar de Dios» (*Forja* 485) y en la «cárcel de amor» (*Forja* 897); los precedentes de este último tema habían sido tratados por Flasche mismo en el capítulo XIX del tomo segundo de su *Historia de la Literatura Española*.

A estos ejemplos aducidos por el investigador alemán podemos añadir el conocido soneto de Lope de Vega que precisamente se centra en el adverbio «mañana»:

«¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío
pasas las noches del invierno a oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi gratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
¡Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!

¡Y cuántas, hermosura soberana:
Mañana le abriremos —respondía—,
para lo mismo responder mañana!»
(*Rimas sacras* 18).

El texto de las obras de Escrivá en el que Flasche se detiene con más detalle es el ya mencionado punto 251 de *Camino*: «Recordemos sus comentarios al «mañana, el adverbio de los vencidos» pensando en aquella caracterización que se hace tan frecuentemente de los españoles, pero que no es válida para él»¹¹. En efecto, el refranero alemán o, al menos, las expresio-

10. H. FLASCHE, *op. cit.* en nota 7, 959.

11. «Man erinnere sich an das zu «mañana», «el adverbio de los vencidos» Gesagte und denke dabei an die eben für ihn gerade nicht gültige, aber so häufig in den Mund genommene Charakterisierung der Spanier». *Ibid.*

nes coloquiales de esa lengua germánica contienen la irónica sentencia de que «mañana es el adverbio preferido de los españoles». Como es sabido, una técnica habitual de los adagios populares consiste en destacar defectos de pueblos geográficamente vecinos o históricamente cercanos. De este modo los alemanes resaltan didácticamente un valor que la propia sociedad debe mantener y fomentar a diferencia del comportamiento ajeno: la eficacia en el cumplimiento de la tarea. Esta crítica no sólo viene a España desde otros países europeos, ya que los propios hispanos se han autocrítico con frecuencia en lo referente a este aspecto; recuérdese, por ejemplo, el célebre ensayo de Mariano José de Larra, titulado precisamente «Vuelva usted mañana», tantas veces editado y saboreado con complacencia revanchista por lectores españoles, víctimas de cierta lentitud en la atención dispensada por la administración pública.

El refranero de la lengua castellana contiene sentencias que unas veces elogian la pereza —«Mañana lo haré, mañana..., si es que hay gana»— y otras la vituperan —«No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy»—. Este último adagio fue el primero de los «diez mandamientos» que el Presidente de los Estados Unidos de América, Thomas Jefferson, fallecido en 1826, se impuso como sus normas de comportamiento: «Don't leave for tomorrow what you can do today». En cambio, el refranero alemán va sólo en una dirección; además de verter en su lengua esta última frase —«Was du heute kannst besorgen, das verschiebe nicht auf morgen»—, recriminan irónicamente: «Morgen, morgen, nur nicht heute, sprechen alle faulen Leute», es decir, «Que sea mañana, mañana, hoy en ningún caso, así dice el perezoso». Y si se ven obligados a aplazar algún quehacer o alguna decisión para el día siguiente, los alemanes nunca lo atribuyen a la pereza, sino que lo justifican elegantemente diciendo: «Morgen ist auch wieder ein Tag», expresión ésta que se encuentra en otros idiomas, incluso en castellano: «Mañana será otro día», «Tomorrow is another day», «Demain sera un autre jour», o bien «A demain les affaires, demain il fera jour». Tampoco falta entre los centroeuropeos una chispa de humor: «Man soll nicht auf morgen verschieben, was man heute tun kann, sagte das Mädchen, und aß den Kuchen sogleich, den sie geschenkt erhalten hatte», «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, así dijo la muchacha comiéndose el pastel que le acababan de regalar»¹².

12. K. F. W. WANDER, *Deutsches Sprichwörter-Lexikon*, 3. Band, Leipzig 1867 (reimpr. Augsburg 1987), 727-729.

En este contexto cultural y, a la vez, popular se comprende que el Prof. Flasche haya detenido su atención sobre todo en el punto 251 de *Camino*. Su deseo es resaltar el talante excepcional y sobresaliente de Escrivá por llegar incluso a diferenciarse del común de los hispanos a causa de su decidida y audaz crítica al retraso del cumplimiento del deber, cuando éste es perezosamente despedido hasta «mañana».

III. CONCLUSIÓN

La conclusión a la que por nuestra parte llegamos a partir de las anteriores consideraciones trasciende el nivel literario para detenerse en el teológico. No es correcto separar o incluso enfrentar la vida activa como contrapuesta a la contemplativa. Esta fue una de las enseñanzas más importantes del Beato Escrivá dirigidas a un cristiano que desempeña su trabajo profesional en el seno de la sociedad. ¿Acaso el afán por llevar una vida mística es incompatible con el desarrollo económico y social de una persona, de una familia o de un pueblo? Las enseñanzas de Escrivá responden de modo negativo a esa pregunta:

«Persuadíos de que no resulta difícil convertir el trabajo en un diálogo de oración. Nada más ofrecérselo y poner manos a la obra, Dios ya escucha, ya alienta. ¡Alcanzamos el estilo de las almas contemplativas, en medio de la labor cotidiana! Porque nos invade la certeza de que El nos mira, de paso que nos pide un vencimiento nuevo: ese pequeño sacrificio, esa sonrisa ante la persona inoportuna, ese comenzar por el quehacer menos agradable pero más urgente, ese cuidar los detalles de orden, con perseverancia en el cumplimiento del deber cuando tan fácil sería abandonarlo, ese no dejar para mañana lo que hemos de terminar hoy: ¡todo por darle gusto a El, a Nuestro Padre Dios!» (*Amigos de Dios* 67).

El refrán «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» se arropa así en un nuevo contexto ascético-teológico, que supera el mero valor pragmático de eficacia o de éxito en las empresas de la vida humana, como fue en el caso de Jefferson. Ahora pasa a significar, además de competencia profesional, una prueba de amor a Dios que sus hijos, liberados del activismo y de los agobios de la vida terrena, le rinden en medio de la paz y serenidad propia de la filiación divina, a la vez que se mantienen inmersos en las más diversas actividades de este mundo.

Precisamente por eso las observaciones del Prof. Flasche referentes al estilo literario del Beato han sido muy atinadas. Por una parte, ha puesto de relieve el componente místico de Mons. Escrivá, cuando éste paladea el sentido de eternidad del «para siempre» teresiano; y, por otra, ha sabido resaltar, a partir de un aspecto lingüístico concreto, casi como de una pincelada, uno de los pilares básicos de la doctrina del Beato: el trabajo profesional bien hecho —hoy, ahora, y no «mañana»¹³— es parte esencial del camino a la santidad de un cristiano corriente.

Albert Viciano
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

13. Interesante es, a este respecto, el testimonio reciente de alguien que trabajó de cerca con el Beato Escrivá. Se trata del actual Vicario Regional del Opus Dei en Alemania, César Ortiz, que, con motivo de la beatificación de Escrivá el 17 de mayo de 1992 en Roma, ha escrito sobre el modo de trabajar del fundador de la Obra: «Su manera de llevar a cabo su trabajo entre papeles, frecuentemente muy monótono, obedecía a su propósito: «hodie et nunc», hoy y ahora. «Haz lo que debes y está en lo que haces», había escrito y, al mismo tiempo, se lo decía a sí mismo. Recuerdo que las sesiones de trabajo con él eran siempre breves y tan intensas, que sin una buena preparación difícilmente hubiera sido posible llevarlas a cabo. A él le interesaba hacer cada paso del trabajo tan concentrada y diligentemente, que después no fuese necesario tomarlo otra vez sobre la mesa para mejorarlo. A Dios Nuestro Señor, a quien don Josemaría dedicó incluso las cosas más pequeñas de su trabajo diario, no le quería ofrecer chapuzas. Naturalmente, el fundador sabía también que lo mejor era el peor enemigo de lo bueno». C. ORTIZ, *Scheu vor dem Schema*, en: «Petrusblatt» (Berlín, domingo 21 de junio de 1992) 13.